

Todos santos, santa fe

La calidad de santo implica la perfección, por lo que estrictamente sería aplicable a Dios que lo es en esencia, mas por gracia, privilegio y participación se dice de los ángeles y de los hombres. En el santoral se consigna a médicos, literatos, arquitectos, filósofos, contadores, teólogos, juristas, músicos, militares, políticos, amas de casa, pastores, arrieros, agricultores y también cocineros, sirvientes y trotamundos, pero sobre todo sacerdotes, monjas, frailes, misioneros, ermitaños y legos, cuyas vidas fueron dedicadas al servicio de Dios por oficio y vocación.

El santoral cristiano lo inicia el Hijo de Dios con su venida al mundo, su vida de perfección fue el ejemplo, la norma y la Palabra, y de aquéllos que lo conocieron y dieron testimonio de su existencia surgieron los primeros santos, verbigracia su familia terrena: Joaquín y Ana, María y José, Zacarías e Isabel y Juan el Bautista, abuelos, padres, tíos y primo respectivamente. Los Apóstoles, algunos parientes de Jesús y otros tan sólo amigos, también alcanzaron la santidad, la “pecadora” María Magdalena y más tarde Pablo, que sin haberlo conocido creyó, es quizá el primer santo producto de la fe.

¿Cómo se prepara un santo, qué requisitos le exige la vida para consagrarlo y qué otros la muerte para llevárselo? en otras palabras, ¿los santos nacen o se hacen? y al decir se hacen no sólo nos referiremos a su bonohomía sino a la de sus biógrafos, a la de aquéllos que crearon el mito, a la de aquéllos que llenaron al santo de atributos y le omitieron sus defectos, en fin, a la de aquéllos que con su facilidad de palabra o la destreza de su pluma consiguieron la elevación de un sinnúmero de imágenes a los altares. Se supone que todos al nacer tenemos la misma oportunidad de santificarnos, sin embargo sabemos de muchos que han sido predestinados para ello o que el discurso hagiográfico así lo ha determinado. He aquí el inicio de la santidad de algunos: cuando la madre de Domingo de Guzmán, beata por cierto, estaba preñada de él, soñó que en su vientre llevaba un perro que saltaba de ella con una antorcha encendida en el hocico, la que servía para poner fuego al mundo entero; en otro sueño vio cómo el rostro del niño irradiaba luz a toda la tierra por una estrella que tenía sobre la frente, lo que se ha interpretado como una premonición de la semilla que Domingo sembraría con su palabra.

Otros santos, menos precoces, dieron señales de su destino en el momento de su nacimiento: el castillo de los Borromeo se iluminó intensamente la madrugada en que Carlos vino al mundo; Luis Gonzaga sobrevivió a un parto sumamente difícil. Algunos más empezaron a dar muestras de excepcionalidad meses o años después, a Rosa de Lima hubieron de cambiarle el nombre original de Isabel porque a los tres meses de edad irradiaba una belleza extraordinaria, que su madre al compararla con una rosa le continuó llamando de esa manera, y a ella misma, por desprecio a las vanidades del mundo, le ocurrió que se le quemaran las manos al usar unos guantes de fina seda. En la infancia o juventud de muchos santos, dada su inclinación a todo lo religioso, les sucedieron cosas fuera de lo común, como pasarse horas en el templo sin advertirlo o querer ser sacerdotes, monjas, misioneros o mártires contra la voluntad de sus padres: Teresa de Ávila, siendo niña, se fugó con la intención de llegar a tierras de moros para padecer martirio; Clara de Asís ingresó al convento sin permiso seguida de su hermana Inés; Catalina de Siena consiguió licencia para el mismo fin,



Anónimo (cercano a Juan Correa). *Martirio de san Esteban*, finales del siglo XVII, óleo/tela. Iglesia de San Jacinto, México, D. F.

luego de que su padre vio volar sobre ella una paloma cuando Catalina oraba en su habitación. En el transcurso de los años muchos santos y santas dudaron de su vocación eclesial, pero siempre hubo signos que les facilitaron la toma de decisiones: cuando Francisco de Sales cayó accidentalmente de un caballo, su espada y la vaina rodaron por el suelo formando entre ambas una cruz al detenerse; Ignacio de Loyola fue herido por una bala de cañón que lo mantuvo durante varios meses postrado en cama, tiempo suficiente para encontrarle un nuevo sentido a su vida y abandonar la carrera de las armas; Agustín de Hipona, gracias a los ruegos de su madre Mónica, también santa, dejó el maniqueísmo para aceptar la fe cristiana; su filosofía puesta al servicio de su nueva creencia y vertida en sus escritos le permitió ser considerado como uno de los padres de la Iglesia latina. Algunos santos fueron presa de tentaciones diabólicas, Lucifer, en forma humana o animal, hacía padecer a sus víctimas, sin embargo los santos, mediante oraciones, sacrificios y mortificaciones lograron ahuyentarlo. Tomás de Aquino salió ileso de aquellos trances.

Sobre todo las mujeres y también algunos hombres fueron obligados por sus padres o por las circunstancias a contraer matrimonio, pero algunos, con o sin el acuerdo de sus cónyuges, vivieron en castidad, tal fue el caso de Sebastián de Aparicio. Otros, como Isabel de Hungría, aun haciendo vida marital no descuidaron sus devociones ni sus prácticas religiosas.

Muchos tuvieron visiones celestiales, donde Cristo, María o los santos dialogaban con ellos: Catalina de Alejandría y Catalina de Siena fueron desposadas por el Niño Jesús, que en prueba de su amor les entregó un anillo de bodas; Gerardo Mayela recibió la primera comunión de manos del arcángel Miguel; Pedro Nolasco presenció el martirio de San Pedro apóstol algunos siglos después; Rita de Casia fue conducida por los santos de su devoción al convento donde tantas veces se le negó el acceso por su estado de viudez. Entre la infinidad de visiones resalta la de Francisco de Asís, por haber dejado una huella indeleble en su cuerpo: Cristo, cual serafín, en medio del coloquio que sostuvo con el elegido, le imprimió los estigmas de su crucifixión; de esta manera, Francisco participó, hasta su muerte, del mismo sufrimiento que el Redentor. Teresa de Jesús, por concentrarse tanto en la oración, varias veces permaneció en éxtasis y otros como Pascual Bailón sufrieron levitación.

Durante alguna etapa de su vida los santos padecieron calumnias, rechazos, prisión, humillaciones, hambre, frío, enfermedades, martirio, tormentos y aun la muerte por persistir en su fe. El primer mártir y el ejemplo a seguir fue Esteban, después infinidad de niños, jóvenes



Francisco de Zurbarán. *Apoteosis de santo Tomás de Aquino*. Museo de Bellas Artes de Sevilla

y ancianos llenaron el martirologio romano. Todos sufrieron con estoicismo las tribulaciones y cual más cual menos lo hicieron con alegría. Baste recordar a Lorenzo quien pidió, mientras lo quemaban en una parrilla, que le dieran una vuelta porque no todo su cuerpo expiaba de igual manera. Juan Nepomuceno, después de ser torturado por negarse a revelar un secreto de confesión, fue arrojado a las aguas del Moldava donde pereció.

El amor que los santos manifestaron al prójimo fue notorio y palpable; los motivó el rostro de Cristo que vieron en cada necesitado. Trataron siempre de socorrer al hambriento, fueron el alivio de los enfermos, sin temor al contagio, y fueron también el consuelo de aquéllos que padecieron del alma; en una palabra, fueron el instrumento con que Dios manifestó su magnanimidad. Algunos cometieron varios milagros en vida. Vicente Ferrer los hacía con tanta frecuencia, que en repetidas ocasiones hubo de pedir permiso a sus superiores para efectuarlos. Otros sólo han gozado de esa virtud después de muertos.

Muchos presintieron su fin terreno y algunos lo deseaban ardientemente. La mayoría fue premiada a la hora de rendir cuentas: el cuerpo de Rita de Casia despidió un olor a rosas agradabilísimo, ya que en vida sufrió con infinita paciencia el rechazo de las monjas porque no soportaban el hedor de la herida que le causara una espina de la corona de Cristo. Hubo santos que consiguieron la belleza física en el dulce tránsito; de algunos se conserva el cuerpo incorrupto. Tal es el caso de Fernando Rey. De otros sólo queda parte de su ser, como la sangre de Pantaleón que se licua cada 28 de julio. Todos estos sucesos no son más que signos visibles que Dios ha concedido a sus "elegidos" y que en infinitad de casos se han multiplicado al seguir obrando milagros en los mortales cuando su nombre es invocado.

Es preciso que hablemos ahora del conocimiento que tenemos los mexicanos de los santos y de la influencia que han tenido en nuestras vidas: cuenta la tradición que San Tiago el mayor, apóstol de Cristo, llevó la Palabra de su Maestro a tierras ibéricas. Luego de quince siglos, tiempo suficiente para consolidar una religión y ejemplificarla con los valores humanos elevados a los altares, llegó con los conquistadores a nuestro territorio, donde también San Tiago tuvo mucho que ver en el asunto: más de una población fue ganada por los cristianos gracias a su intervención, y de ser un Santiago matamoros, pasó a ser un Santiago mataindios. Así, desde tiempo inmemorial para muchos, las imágenes de los santos nos son familiares. Las hemos visto en la casa propia o en la ajena, en pinturas o esculturas originales, en copias o reproducciones de aquéllas, inventadas algunas por artistas famosos; son repro-

ducciones bien logradas y otras burdas o malhechas, como las que vemos en camiones o en taxis. Sin embargo, donde abundan las imágenes de los santos es en los altares de los templos, a pesar de las limpias que han dispuesto los últimos concilios. Unas imágenes se encuentran tan lejanas a nuestros ojos que no alcanzamos a distinguir sus atributos y otras tan cercanas que se antojan accesibles al tacto; es cuando más de uno se inclina o se estira para besarlas. Algunas de estas imágenes representan a los hombres, históricos o legendarios, de cuyo discurso hagiográfico nos hemos ocupado anteriormente. Hasta hace unos cuarenta o cincuenta años, nuestros padres estaban "obligados" a darnos por nombre el de aquel santo que nos correspondía, de acuerdo a la fecha en que habíamos nacido, pues cada santo o santa se acomodaba en el calendario según el día de su muerte o sepultura. A este nombre, llamado de "pila" por habérsenos impuesto precisamente en la bautismal, se le antepone el de María o José, según fuese hombre o mujer el infante. Hoy estas costumbres están casi olvidadas en las grandes ciudades; en la actualidad prevalece el gusto del padre, de la madre o de algún pariente o amigo. Resulta también tradicional conservar el mismo nombre por varias generaciones. Todavía, sin embargo, hay muchos sacerdotes en México que se niegan a bautizar a los chamacos, si los padres desean imponerles nombres fuera del santoral cristiano.

El individuo bautizado con el nombre de un santo, quedaba obligado a conocer la vida de su patrón y a imitarlo. Mediante los sermones dominicales y en especial en los de la festividad de cada santo o a través del adoctrinamiento rutinario, sacerdotes y catequistas transmitían ciertos mensajes conducentes a la ejemplaridad de vida de aquellos buenos cristianos. Las fuentes donde se nutrían antaño y aún son válidas ahora, llegaron en el siglo XVI a la Nueva España; constituyen obras biográficas registradas en los archivos de la Casa de la Contratación de Sevilla, entre las que destaca el *Flos sanctorum* de Rivadeneyra, donde se consignan más de 365 vidas dignas de imitación; otro libro más tardío fue el *Pintor cristiano y erudito* de Interián de Ayala, inspirado en gran parte en la *Leyenda Dorada* de Santiago de la Vorágine, obra escrita en el siglo XIII, impresa desde 1470 y difundida ampliamente en la Europa del siglo XV. Anterior a ésta los coetáneos de los hombres cuyas vidas o muertes estuvieron al servicio de Dios, consignaron las correspondientes virtudes en los "pasionarios", "memoriales", "martirologios", "legendarios" y en las *Actas sanctorum*.

El cisma de la iglesia cristiana, causado por la reforma luterana, iconoclasta por excelencia, provocó en el seno de la iglesia católica un desmedido impulso al culto de los santos. Posteriormente, el Concilio de Trento reafirmó la veneración de las imágenes, por lo que los templos se vieron cargados de retablos con efigies de los santos o escenas con episodios de sus vidas, así también de estuches y vitrinas que guardaron o exhibieron sus reliquias. Esta tradición, cuyo punto culminante se dio en la época barroca, no se ha perdido en nuestro país; a pesar de los avatares históricos, donde gran parte de la imaginería de iglesias y conventos se ha perdido, aún se conservan varias costumbres en torno a los santos. Entre ellas, festejarlos en su día por ser patronos de un pueblo o titulares de un templo, encenderles veladoras, colgarles "milagritos", echarles una monedita en su cepo, vestir su hábito una temporada o ir en peregrinación a su santuario para cumplir una "manda". Pero por sobre todo, en la mente del mexicano permanece la idea contrarreformista de dar culto a los santos, no precisamente por considerarlos intercesores ante la divinidad, sino más bien como autores de milagros, prefiriendo a unos sobre otros, según la necesidad o la urgencia que se implore; a cada uno, dependiendo de su experiencia, le hemos concedido especialidades. Con ellos y con la Virgen santísima, a diferencia de la Trinidad, nos sentimos más identificados, pues su peregrinaje por esta Tierra no dista mucho del nuestro.

Con la cantidad de santos que han abierto expediente en el Vaticano resulta casi imposible enumerarlos, de muchos desconocemos sus nombres y de otros sabemos que su vida fue tan sólo legendaria, razón por la cual la Iglesia ha terminado por descartar a varios del santoral. Cristóbal es uno de ellos, aunque su efigie se conserve todavía en ciertos templos cuyos ministros aducen lo artístico de la obra. Los santos como los misterios son artículos de fe y motivo de devoción: ¿a qué marino en peligro de naufragio le importaría la historicidad de san Cristóbal, o a qué mujer sin peligro de matrimonio la de san Antonio de Padua, en el momento oportuno de requerir sus favores? ♦